

lemne para conmemorar la fecha en que fué presentada al Congreso de la Unión la iniciativa para la creación de ese plantel, y cada año también, en los meses de Diciembre á Enero verifica el personal del Instituto una excursión científica, que tiene por objeto hacer investigaciones personales acerca de los asuntos indicados.

El Instituto cuenta con numerosos colaboradores del extranjero y del país, entre los que figuran personas de gran reputación científica, y está en relaciones con todos los centros médico-científicos del mundo.



CAPITULO V.

EL MUSEO NACIONAL—VALIOSAS RELIQUIAS—ESTUDIOS SOBRE LAS FAMILIAS INDÍGENAS DEL PAÍS.

EN un centro histórico de tan gran importancia como México, que es para la ciencia de América lo que Babilonia para el Orientalismo, el Museo tiene excepcional importancia. No es de extrañarse, por lo mismo, ni que él ocupe edificio tan vasto y principal como el de la Calle de la Moneda, ni que sea el primero que los turistas, así mexicanos como extranjeros, visiten.

Si exceptuamos las escuelas normales, ninguna de las dependencias del Ministerio de Instrucción Pública ha recibido tan poderoso y constante impulso como el Museo Nacional, en que se aglomeran día á día importantísimos documentos para la historia humana y natural de México.

Este museo es de creación relativamente moderna. En 1787 llegaron al país tres comisionados españoles para estudiar la botánica y la minería del país, y á ellos fueron agregados con idéntico objeto otros dos, residentes en México. Cuando esta comisión hubo realizado extensos estudios y formado colecciones apreciables, una de las personas que la componían, D. S. Longinos Martínez, tuvo el pensamiento de instalar un museo de Historia Natural que sirviera de instrucción al público, y aprobado que fué el proyecto, se dispuso que la inauguración del gabinete fuera uno de los actos con que debería celebrarse la proclamación de Carlos IV. En efecto, el museo se abrió al público en Abril de 1790, en una casa de la Calle de Plateros, que tenía entonces el núm. 89. Componían el Museo veinticuatro estantes, conteniendo: además de libros, ejemplares de los tres reinos, mineral, animal y vegetal, varias piezas anatómicas de cera y algunos aparatos de física y química.

Este Museo despertó en México el gusto por las colecciones, y muchos particulares ricos se consagraron á formarlas, agregando objetos históricos y curiosos como ídolos, máscaras, flechas, etc.

En 1825 el gobierno nacional decretó la reorganización del Museo, que casi había desaparecido por abandono durante la guerra de Independencia, y considerando la gran importancia de la arqueología para el estudio de la historia, amplió el plan ú objeto del establecimiento, aplicándolo principalmente á la recolección, clasificación y estudio de objetos arqueológicos y ordenó su traslación á la Universidad, de que ya hemos hablado.

En 1831 se expidió un decreto dando existencia legal al Museo, y fué trasladado

é instalado definitivamente en el espléndido edificio que hoy ocupa en la Calle de la Moneda, contiguo á la Administración de Correos.

El Museo ha progresado inmensamente bajo la sabia administración de directores tan competentes como D. Ramón I. Alcaraz, D. Gumesindo Mendoza, Dr. D. Jesús Sánchez y D. J. del Paso y Troncoso, su actual director, que lleva varios años de estar haciendo trascendentales estudios en los museos de Europa.

Tropezando siempre con la deficiencia de la síntesis, lamentamos en éste, más que en ningún otro pasaje de nuestro libro, la imposibilidad de entrar en prolijas descripciones. Sin embargo, la importancia del asunto, el interés que todo visitante del Museo muestra por conocerlo en sus pormenores y darse cuenta de los tesoros en él acumulados, muévenos á consagrarle narración más detenida que la empleada en los otros edificios.

Departamento de monolitos.—La planta baja está ocupada por los grandes monolitos. Frente á la puerta principal, en el lado Sur del hermoso jardín formado en el patio, hállase la galería de monolitos arqueológicos, que es la primera que recorren los visitantes, atraídos por el interés que despiertan aquellas enormes masas de piedra, algunas de las cuales se divisan desde el zaguán.

Cautiva desde luego la atención del visitante, sobre todo si es instruido, el Calendario Azteca, llamado también Piedra del Sol.

Es ésta un gran monolito perteneciente al grupo de los basaltos de olivino, de forma perfectamente circular en la parte labrada, que tiene 3 ms. 55 cmts. de diámetro y pesa 482 quintales ó sean 24,400 kilogramos. Esté admirable monolito fué encontrado casualmente en el subsuelo de la Plaza Principal en Diciembre de 1790. Fué colocado desde luego al pie de la torre occidental de Catedral, en el lado que ve al Poniente, donde permaneció hasta el año de 1885 en que fué trasladado al Museo Nacional, habiéndose salvado prodigiosamente de tantos deterioros como pudo haber sufrido en aquel lugar, especialmente durante las convulsiones políticas, los sitios de México y batallas que se libraron en las calles.

Toda la faz circular de esta piedra está primorosamente grabada con signos cronológicos y astronómicos, dispuestos en círculos concéntricos al derredor de una máscara sagrada del sol (tonatiuh.) La lengua que tiene de fuera simboliza la luz y el *ome acatl* sobre la frente significa la liga cronológica de los años. Siguen luego los signos figurativos de las cuatro edades ó soles: Ehecatonatiuh, Fletonatiuh, Atltonatiuh y Tlaltonatiuh, que corresponden respectivamente á las edades del aire, el fuego, el agua y la tierra. Destácase el Naolin, que representa los cuatro puntos solsticiales y equinocciales, así como los vientos cardinales. En el segundo círculo hay veinte figuras en sus respectivas casillas que representan los días del mes mexicano, que eran los siguientes: Cipatli (la luz primera), Ehecatl (viento), Calli (casa), Cuetzpallin (lagartija), Coatl (culebra), Miquiztli (muerte), Mazatl (venado), Tochtl (conejo), Atl (agua), Itzcuintli (perro), Ozomatli (planta retorcida), Acatl (caña), Ocelotl (tigre), Cuauh-tli (águila), Coscacuauhtli (ave de rapiña), Ollin (movimiento), Tecpatl (pedernal), Quiahuitl (música), Xochitl (flor).

El círculo inmediato está formado de cuarenta pequeños cuadros, en el interior de los cuales aparecen cinco que representan los quintiduos. Sobre este círculo aparece

otro de pequeños arcos llamados *glifos*, é interrumpiendo uno y otro se destacan ocho rayos y otras tantas aspas con cinco puntos en la base y tres glifos en la parte superior. Viene por fin el último círculo formado por dos culebras, que en la parte inferior del calendario comienzan con caras humanas y que ostentan grandes penachos simbólicos y otros signos. Del cuerpo de esas culebras penden hacia el interior del disco doce figuras llamadas *Cicpactli*. Las cabezas humanas representan á los dioses Tonatiuh y Quetzalcoatl. Por último, entre las dos colas aparece la figura cronológica que significa el 13 *Acatl*, la fecha en que fué grabado el calendario y que corresponde al año 1479 de nuestra era. Asegúrase que esa piedra fué inaugurada el año 2 Calli, ó sea 1481, es decir, 40 años antes de la conquista. El distinguido arqueólogo, Sr. Lic. D. Alfredo Chavero, que es uno de los que con mejor acierto han estudiado y descifrado esta piedra, opina que ella, además de calendario, sirvió para los sacrificios humanos. Este monolito, que es de los más preciosos que posee el Museo, ha servido para revelar y afamar los avanzados conocimientos de los aztecas en la ciencia cronológica y astronómica.

Poco adelante existe un paralelepípedo de piedra, que es también astronómico y representa, según las más autorizadas opiniones, el período de ocho años en que los mexica combinaban los movimientos del sol, de la luna y de venus.

Llama igualmente la atención otra piedra cilíndrica llamada por el Sr. Troncoso *Chalchiuhxapo* (piedra preciosa perforada), que tiene 17 cmts. de altura y 31 de diámetro. Es también astronómica, como lo son: la piedra llamada Vaso del Sol ó Cilindro del Sol, de 24 cmts. de altura por 23 de diámetro y que tiene esculpida en la base la figura simbólica del sol; la piedra cónica llamada también *chalchiuhxapo*; el vaso de piedra, que mide 43 cmts. de alto y 76 de diámetro; la Piedra del Firmamento, con 91 cmts. de altura y 42 de diámetro; la piedra en forma de trapecio, que mide 27 cmts. de altura, y otras varias en número total de 23.

Las piedras mitológicas son 167, la mayor parte ídolos de autenticidad indudable, alcanzando algunos proporciones colosales. Algunas de las principales son las siguientes:

La estatua de Huitzilopochtli, el célebre dios de la guerra que tanta sangre mexicana devoró en sus horrendos altares, es un monolito de 1 m. 35 cmts. de altura por 80 cmts. de latitud; la figura está de perfil, esculpida sobre una superficie plana. El dios aparece en la actitud de caminar, y su cara está surcada por una raya horizontal. En la mano del brazo izquierdo, elevado hacia atrás, se ve un objeto indefinible; la mano derecha, con postura inversa de la izquierda, muestra un bastón adornado de símbolos y su tocado ostenta tres cabezas de reptil. Esta piedra fué hallada en Chaltepēc.

Una culebra de cascabel que representa á Quetzalcoatl, mide en su base 94 cmts. de diámetro. Otras varias figuras representan al mismo Quetzalcoatl, según sus diversos atributos.

Más que por sus dimensiones llama la atención por su originalidad una estatua de piedra amarilla, que representa al dios tlaxcalteca llamado Camaxtli. Está de pie y tiene los ojos y los dientes superiores superpuestos. Su altura es de 1 m. y 14 cmts.

El Tzontemoc es una piedra esculpida que tiene 1 m. 66 cmts. de altura por 1 m. de latitud; representa al sol poniente. Aparece la máscara sagrada del astro con la na-

riz atravesada por gran nariguera, largos colmillos y lengua. Esta piedra fué hallada en Tepezontla, Estado de Veracruz, hace poco tiempo.

Digna de notarse es también una cabeza colosal sostenida por dos postes laterales, todo de una pieza, y que representa á Totec, dios de los placeres. La cabeza, que ostenta en el rostro los signos simbólicos del oro y la turquesa, mide 80 cms. de altura.

Aun no ha podido identificarse con certidumbre la gran estatua que representa á un hombre tendido de espaldas, con las piernas encogidas y la cabeza en alto y apoyado sobre los codos. Mide 1 m. 46 cms. de longitud. Fué descubierta por el Dr. Le Plongeon en Chichen Itza, Estado de Yucatán.

Según ese sabio, la estatua que nos ocupa representa á Chac-Moal, rey de los Itzas; según el Sr. Chavero, es el dios del fuego; según el Sr. Troncoso, es un ídolo que equivale al Tezcatzoncatl de los mexicanos.

La estatua de Coatlicue (enagua de culebras), mide 1 m. 15 cms. de altura. Está de pie, la cabeza es una calavera con orejeras y dientes superpuestos. Es la diosa de los muertos que ostenta las manos encallecidas por la labor de sacrificar incontables víctimas. Su enagua está formada de serpientes.

Con el mismo nombre de *Coatlicue* es conocida otra estatua colosal, que mide 2 m. 57 cms. de altura y que fué hallada en el subsuelo de la Plaza Principal, cuando en 1790 se niveló el pavimento. Esta diosa está toda formada de culebras: rostro, brazos y vestidos no son sino combinaciones de aquellos reptiles. Opina el Sr. Chavero porque esta figura representa á la madre de Huitzilopochtli, y cree que fué colocada en el templo mayor ó teocalli de México hacia el año 1491, durante el reinado de Ahuizotl.

La estatua monolítica más grande que se halla en esta sección es la de Omecihuatl, que según el Sr. Mendoza, representa á la diosa del agua. Fué hallada en Teotihuacán, cerca de la Pirámide de la Luna. Mide 3 m. y 19 cms. de altura. Su peso es enorme, pues la figura está hecha de traquita anfibólica.

Llamaremos todavía la atención acerca de dos grandes figuras: la de una estatua femenina, trunca, pues le falta de los muslos abajo, procedente de Tula, antigua capital de los toltecas, y que tiene 1 m. 42 cms. de alto, y un ídolo chiapaneco que mide 1 m. 21 cms. de altura; este ídolo es digno de particular estudio, su tocado es prominente, sus orejeras de pinjante, tiene capa que le cubre toda la espalda hasta los pies, y cíngulo con gran colgadura que llega á la base. Fué hallado en Comitán, Estado de Chiapas, y hecho venir por el Ministerio de Fomento. Las demás figuras mitológicas que se hallan en esta sección del Museo, y que como hemos dicho, suman con las descritas 167, representan diversas divinidades que sería muy prolijo analizar.

Aparte de esos importantísimos objetos astronómicos y mitológicos, cuenta esta sección de arqueología con 62 objetos sagrados, ó sea de los destinados al culto, y que son por lo regular vasos y vasijas formados con distintas figuras generalmente de animales.

Admíranse también siete urnas funerarias, de las que haremos especial mención por ser estos objetos de gran importancia en la arqueología de todo el mundo.

Es la primera una caja de piedra, con 74 cms. de largo, 63 cms. de ancho y 43 de altura. Tiene labradas las cuatro caras de los lados. En uno de ellos se representa á dos gladiadores.

Otra caja de 51 cms. de largo, 47 de ancho y 25 de altura, tiene labradas en sus caras símbolos cronográficos.

De terrenos de Santiago Tlaltelolco fué extraída otra urna que mide 91 cms. de largo, 50 de ancho y 28 de alto. Está adornada con relieves de carácter cronológico; mas ellos no autorizan absolutamente para despojar á este objeto de su carácter cinerario, como algunos creen.

Tiénesse por urna del rey Nezahualpilli una caja de forma algo cónica, ricamente labrada en todas sus caras y aun en el interior con signos también cronológicos. Tiene 24 cms. de largo, otros tantos de ancho y 22 de alto.

El Sr. Gral. D. Vicente Riva Palacio regaló al Museo una bellísima urna que se conserva en esta sección. Tiene 32 cms. de longitud, 31 de latitud y 21 de altura. En todos sus lados está primorosamente labrada. Uno de sus relieves representa á un personaje real en el acto de quitarse la vida, sacrificándose á sí mismo, por lo que el Sr. Peñafiel cree que esta urna es del rey Ahuizotl, que como se recordará, perpetró el suicidio sagrado.

Hay, finalmente, otras dos urnas: una de forma paralelipipédica y la otra circular. La primera tiene esculpido un cráneo humano en uno de sus lados y mide 30 cms. de largo, 25 de ancho y 20 de alto, y la segunda muestra grabados en el derredor ocho cráneos, y tiene 65 cms. de diámetro y 27 de altura.

Consérvanse en el mismo departamento de arqueología cinco ejemplares de aquellas piedras perforadas que había en los juegos de pelota y de las que ya hemos hablado. Recordará el lector que uno de los actos más notables en el juego de pelota de los mexicanos consistía en lanzarla de manera que pasara por el agujero, un poco más grande que ella, practicado en una piedra fijada en el muro y á la mitad del espacio que servía de estadio á los jugadores. A esta clase pertenecen las cinco piedras á que nos referimos, y que son anillos de pórfido labrados con interesantes símbolos. El primero tiene 90 cms. de diámetro; el segundo 1 m.; el tercero 72 cms.; el cuarto 87, y el quinto 79 cms.

Pero uno de los monolitos que más preocupan á los visitantes, y quizás el que más ha ocupado la atención de los peritos, sin que se haya logrado una identificación indiscutible, es la gran masa de traquita, conocida con el nombre de Piedra de los Sacrificios, que mide 2 m. 65 cms. de diámetro y 84 cms. de altura. Esta piedra, que es perfectamente redonda, se halló enterrada en la esquina sudoeste del atrio de Catedral el 17 de Diciembre de 1791. Este colosal cilindro está todo labrado; tiene en el centro un agujero y una canal que parte desde él hasta el borde de la circunferencia. Los historiadores hablan de una gran piedra en que los gladiadores, antes de ser sacrificados, luchaban en formal batalla. Refieren que el destinado á ser víctima era atado por el pie con una cuerda que pasaba por un agujero central y que estaba asegurada por la parte interior de éste. Tal circunstancia ha hecho creer que esta piedra es la de los gladiadores. La gente supone que la canal referida es la destinada á que por ella corriera la sangre de los sacrificados, y de aquí el nombre de Piedra de los Sacrificios con que en el público es conocida.

Expondremos las opiniones más autorizadas. El eminente historiador Orozco y Berra opinó porque este monolito es un *cuauhxicalli*, perteneciente á los *cucuahtin*,

esto es, á los guerreros del sol. El símbolo de este aparece, en efecto, en la base del cilindro. En cuanto á los relieves, según ese autor, representan las victorias de Tizoc.

León y Gama creyó que los relieves representan danzantes. D. Fernando Ramírez y el Dr. D. Jesús Sánchez, ex-director del Museo, ambas autoridades muy respetables, juzgan que se trata de un monumento consagrado al sol. Según ellos, las figuras esculpidas representan una danza sagrada en el momento en que los guerreros victoriosos llevan á sus cautivos por las calles para sacrificarlos en el fuego y en la fiesta cuadrifal. Creen esos autores que la canal y el agujero han sido hechos después. El Sr. Chavero opina como el Sr. Orozco y Berra.

La opinión del Barón de Humboldt es que esta piedra estaba dedicada al sacrificio gladiatorio. Esta es también nuestra opinión, pues sin objetar las descripciones hechas por el Sr. Chavero, creemos que ellas no se oponen al concepto de que esa mole servía para los relacionados sacrificios. Según el mismo Sr. Chavero, ese monumento fué estrenado en el año 1484 de nuestra era.

En cierta época del reinado del emperador Motecuhzoma I, llamado Ilhuicamina, padecieron sus súbditos terrible hambre proveniente de larga sequía. El recuerdo de aquel acontecimiento que causó perdurable pánico en el pueblo, fué perpetuado en una piedra llamada, por lo mismo, Piedra del Hambre, que se halla en el departamento que nos ocupa. Es un prisma de basalto que tiene tres de sus caras labradas y fué hallado en una pared del convento de la Concepción, de México. Las figuras esculpidas son los signos convencionales para representar aquella calamidad.

Notable es un gran fragmento de la piedra de Itzpapalotl, que figura en esta galería. Aquella palabra significa mariposa de navajas, figura que aparece en tres de las caras del fragmento. Según el sabio Sr. Troncoso, esta piedra es conmemorativa de alguna gran catástrofe ocasionada por las aguas y decretada por la diosa Itzpapalotl.

También la dedicación del templo mayor de México ó Gran Teocalli, fué conmemorada en una hermosa piedra que se admira en el departamento que recorreremos. Es una lápida que está dividida en dos secciones muy bien grabadas. En la superior aparecen dos personas: el de la derecha es Ahuizotl y el de la izquierda Tizoc. La sección inferior consigna por medio de los signos que corresponden á *chicuey acatl* (8 cañas), el año en que fué dedicado el templo, esto es, el de 1487 de la era cristiana.

Hay otras dos piedras conmemorativas, ambas cronográficas. La primera mide 1 m. 02 cmts. de largo y 46 cmts. de ancho; es ancha, oscura, porosa y labrada por uno de sus lados. La segunda tiene 36 cmts. de longitud por 30 de latitud. Las dos se refieren á sucesos ignorados hasta hoy por la historia.

La Arquitectura y Escultura de los indígenas están representadas por ejemplares muy interesantes en esta galería.

Atraen desde luego la atención tres piernas colosales de piedra, procedentes de Tula, la mayor de las cuales mide 2 ms. 24 cmts. de alto, 1 m. 21 cmts. en la base y 89 cmts. de ancho en las rodillas. Se comprende que son parte de un cuerpo completo que se truncó. En concepto del Sr. Chavero, estas piernas son la parte inferior de caríatidas toltecas.

Son notables dos cabezas de serpientes, de las cuales una tiene 1 m. 54 cmts. de longitud y 1 m. 13 cmts. de latitud, y la otra 1 m. 56 cmts. de largo por 1 m. de ancho.

Ostentan la mandíbula superior armada de dientes y grandes colmillos y la cabeza emplumada. Estos objetos fueron hallados en el atrio de Catedral, cuando en 1881 se revolvió la tierra para hacer el jardín de que oportunamente hemos hablado.

No menos digno de estudio es un fragmento de columna tolteca compuesto de tres cuerpos que se engastan uno sobre otro y cuyo conjunto es de 2 ms. 40 cmts. de altura por 80 cmts. de diámetro. El adorno es artístico, formado de plumas, grecas y glifos.

Una de las figuras más notables de esta sección es la llamada el Indio Triste, que estuvo durante mucho tiempo en la esquina de la calle que por tal causa lleva ese nombre. El Sr. Galindo y Villa, que como hemos dicho, es persona muy entendida en estas materias, cree que pertenece al capitán Dupaix la siguiente descripción de ese ídolo hecha en 1794. Esta figura humana es de piedra negra y dura, tiene de alto, incluyendo la base cuadrada sobre que está sentada, poco menos de dos varas. Su actitud es muy natural y manifiesta un hombre en perfecto reposo, destinado verosimilmente para llevar y hacer patente una insignia, estandarte ó cosa venerada en tiempo del antiguo imperio mexicano; pues las manos unidas sobre el vientre forman con los dedos una figura hueca y circular, la que corresponde perpendicularmente á otra transversal á la losa que se halla entre los pies, en la que descansaba el asta. Es muy original esta obra de escultura y bastante bien hecha. En cuanto á su traje, lleva un casquete chato y liso con una corona de pelo; una especie de capa con su capilla resguarda la parte superior del cuerpo, y la anterior con una media vestidura de plumas por filas paralelas y dejando los brazos desnudos. El calzado hasta media pierna merece atención por la regularidad de sus adornos. Notamos que la cara, aunque de un anciano, no manifiesta pelo en la barba. La estatua y base son de una sola pieza.

El nombre vulgar de Indio Triste le viene de la actitud profundamente melancólica que muestra la escultura.

Ignórase el sitio y la fecha en que fué recogida para ser colocada en la esquina de la calle á que aludimos.

Otras muchas figuras, cuyo número total es de 364, constituyen esta galería, y aunque el interés científico de todas es grande, no podríamos sin peligro de fatigar al lector describirlas aquí.

Nos hemos ocupado en las principales, ya por sus dimensiones, ya por su importancia en la arqueología mexicana. Para completar el cuadro de las piedras más notables, consagraremos algunas líneas á la famosa Cruz del Palenque, que tan acaloradas discusiones ha provocado; pues no son pocos los arqueólogos que han visto en ella una prueba de la predicación del cristianismo en el Nuevo Mundo, antes del descubrimiento colombino.

El Sr. Galindo y Villa describe así esta lámina: "Bajo relieve llamado Cruz del Palenque, por la forma de la figura de en medio que parece cruz, pero que en realidad es un árbol sobre el cual posa un pájaro espléndidamente ataviado. A la derecha del observador y cerca del borde de la losa, se yergue en pie una figura humana, cuyo contorno está admirablemente delineado; sostiene con los brazos extendidos una niña en actitud de presentarla al pájaro. Ciñe la frente de la figura una mitra semejante á todas las que se ven en otras figuras de la civilización palencana. Este tablero es el centro de otros dos que en conjunto formaban un bajo relieve en un templo antiguo del

Palenque, en nuestro Estado fronterizo de Chiapas, el cual bajo relieve puede verse en conjunto y vaciado en yeso en el vestíbulo de la sección de reproducciones y de cerámica de ese Departamento de Arqueología. El ejemplar original de que me ocupo, tan notable desde todos puntos de vista, se halla en dos fragmentos. Parece ser un simbolismo cronológico, según el Sr. Troncoso."

Departamento de Historia de México.— Una de las secciones del Museo en que con más empeño ha trabajado el Sr. Dr. D. Manuel Urbina, que durante toda la ausencia del Sr. Troncoso lo ha sustituido como director del establecimiento, es esta en que vamos á ocuparnos. Está dividido este departamento en cinco salones. El primero hállase dedicado á la memoria de los ilustres frailes que construyeron á la vez el edificio de la cristiandad en el Anahuac y la historia antigua del país que evangelizaron. El segundo salón está ocupado por las piezas relativas á la expedición, que para verificar investigaciones históricas hizo á Zempoala el Sr. Troncoso. Sobre los muros de este salón, se ostenta una interesante colección de retratos de todos los virreyes que gobernaron la Nueva España. Ocupan el tercer salón objetos referentes al conquistador Cortés y á la época colonial. En el cuarto salón figuran códices, mapas, retratos y otros objetos pertenecientes á la época pre-colombina, y finalmente, el quinto, está consagrado á objetos históricos de la época de la Independencia y la moderna.

El primero excita poderosamente la veneración de los visitantes. Ahí están los retratos de aquellos insignes varones que con abnegación inefable, constancia, sabiduría y pureza de intención, lucharon heroicamente por elevar la raza vencida á las regiones de la luz cristiana, de la ciencia y de la libertad. En este salón, el espíritu se siente dentro de venerando santuario. Aparece ahí el retrato del sublime lego franciscano, Pedro de Gante, á cuya memoria hemos consagrado ya humilde ditirambo. El insigne padre adoptivo de los indios, y su primero y más ilustre maestro, está de pie junto á una mesa, en la que se destaca la mitra de México, que en su humildad insondable renunció. Un grupo de indios está junto á él, á la derecha, representando aquella inmensa y desdichada familia que con tan ardiente amor adoptó.

Uno de los frailes del siglo XVI que mayor ciencia alcanzaron en las lenguas indígenas de México, y mejor escribieron sobre ella, fué el ilustre franciscano Fray Andrés de Olmos, no menos memorable por su santidad que por su sabiduría. Inmortalizó su nombre venerable con sus gramáticas y diccionarios de las lenguas mexicana, totonaca y huasteca, que estudió hasta en sus más profundas honduras. Aparece escribiendo sobre una mesa.

Allí está el retrato del esclarecido Fray Bernardino de Sahagún, el benemérito padre de la historia antigua de México, por lo que es llamado el Herodoto del Anáhuac. Llegó este ilustre historiador y misionero á México en 1529, en compañía de otros diez y nueve misioneros. Empezó desde luego, á expensas de los breves ratos de descanso que le dejaba su ardua tarea evangélica, el estudio de la lengua mexicana que poseyó en toda su plenitud. Investigó sabiamente las tradiciones, los monumentos arqueológicos; colectó y estudió las pinturas jeroglíficas que pudieron escaparse de la catástrofe; aglomeró cuantos criterios podía exigir en aquellas circunstancias la prudencia humana, y con tales elementos, aprovechados por un espíritu de elevadas y esplendorosas luces, excepcionalmente analítico é intuitivo, edificó una admirable obra

histórica acerca de México, que ha servido de base á cuantos después de él han escrito sobre la materia.

Por coincidencia digna de atención fueron doce, así como los discípulos predilectos de Cristo, llamados apóstoles, los primeros frailes que vinieron á evangelizar las gentes mexicanas. Estos ilustres misioneros, venerados por todos los mexicanos de todas las épocas, sean cuales fueren ó hayan sido sus opiniones religiosas, desembarcaron en Veracruz el 13 de Mayo de 1524, é hicieron perdurable su memoria con la gestión maravillosa de su caridad para con los indios, á quienes ampararon heroicamente de los furores del conquistador, ilustraron cuanto pudieron y sacrificaron su preciosa vida. Los retratos de algunos de ellos aparecen también en este salón.

En el segundo salón aparecen, como se ha dicho, los retratos de todos los virreyes que gobernaron á México colonial. Esta colección presenta gran interés desde diversos puntos de vista, especialmente en lo tocante á la historia, la heráldica y la indumentaria.

En la primera parte de este libro hemos hablado de Zempoala, donde Cortés hizo alianza con los totonacos y derrotó á Pánfilo de Narváez. La grande importancia histórica de aquella antigua ciudad, inspiró al Supremo Gobierno en 1890 la idea de enviar, como en efecto envió á la costa de Veracruz, una comisión científica encargada de hacer investigaciones de monumentos especialmente cempoaltecas. La excursión científica duró ocho meses; se hicieron en ese tiempo descubrimientos de importancia, y de los principales monumentos que encontraron se tomaron copias ó modelos, los cuales aparecen también en este segundo salón. Entre esos modelos figura uno del templo del Fagín, hecho á relieve sobre madera, y otro, en relieve también, que representa el templo de Zempoala, donde Cortés alcanzó su gran triunfo sobre Narváez en la noche del 28 al 29 de Mayo de 1520. El templo está rodeado de una muralla, y además de éste, que es el mayor, hay otros varios dentro del recinto, siendo los más notables el llamado de las *Cimencas* y el de *Quetzalcoatl*. Se ven allí, asimismo, muchas vistas tomadas durante la referida expedición á Zempoala.

En el tercer salón aparece el retrato del conquistador Hernán Cortés, en un lienzo que mide 96 cms. de altura por 67 de ancho. Ostenta el caudillo el bastón, símbolo de la autoridad, en la mano derecha y un casco con gran plumero en la izquierda.

En otro cuadro de menores dimensiones se representa el momento en que el Conquistador, rodeado de sus soldados, recibe en Veracruz los presentes que le envía Motecuhzoma.

Atrae poderosamente la atención el estandarte original que trajo Cortés, y que fué un lábaro durante la conquista. Excusado parece encarecer la importancia de esta preciosa enseña, que hizo desarrollarse bajo su simbólica autoridad hechos admirables y prominentes en la historia de las armas humanas. Es un lienzo de damasco rojo, en el cual está pintada una imagen de la Virgen María, de busto, ceñida de regia corona de oro y cuya cabeza está circuida de rayos y estrellas. El rostro está algo vuelto hacia la izquierda y las manos en actitud de plegaria.

También hemos hablado del célebre árbol de la *Noche Triste*, bajo cuyas ramas es tradición que lloró de coraje y despecho el Conquistador. Un cuadro al óleo que representa ese histórico ahuehuate, se halla en este salón.

Se encuentran ahí igualmente: un escudo de armas de Texcoco; una cota de malla usada por alguno de los conquistadores; una armadura incompleta; dos ejemplares de casco y peto; un espaldar; dos garrotes ó instrumentos de suplicio que usaba la potestad civil para ajusticiar á los reos de muerte, y varios otros objetos curiosos y antiguos.

El cuarto salón está dividido en cuatro secciones, que contienen respectivamente: copias de códices ó pinturas históricas indígenas y uno original, todos posteriores á la Conquista; diversos cuadros con asuntos históricos; heráldica mexicana y fotografías.

El códice original se refiere á la introducción de la administración de justicia en Tlaxcala. El cuadro representa al corregidor Hernando de Saavedra, su escribano Juan Sánchez, Alonso de Saucedo, Gonzalo de Cosco y algunos indígenas. Tiene por encabezado una leyenda en mexicano traducida al español.

El Lienzo de Sevina es un códice tarasco que representa, según el Dr. D. Nicolás León, una competencia entre clérigos y frailes, con motivo de las doctrinas de los indios. Este lienzo se halló en el pueblo de Sevina, sierra de Michoacán.

Las otras copias son: el Lienzo de Puácuaro, reproducción de un lienzo perteneciente á los indios de ese pueblo, Estado de Michoacán; mapa de San Pedro Tlacotepec, copia de otra mandada sacar por el señor Coronel D. Próspero Cahuantzi, indígena de raza pura, bastante ilustrado en asuntos de historia antigua, y desde hace algunos años gobernador constitucional del Estado de Tlaxcala, su país natal; mapa de Santa Fe de la Laguna (Michoacán); plano de Cholula, copia de un cuadro que perteneció al Sr. García Icazbalceta y que formó parte de las relaciones estadísticas mandadas hacer por el rey D. Felipe II; linderos del pueblo de Mizquiahuala; plano del Señorío de Coatlichan y plano de Tehuantepec, copia de un cuadro facilitado por el señor Presidente de la República, Gral. D. Porfirio Díaz.

Entre los cuadros originales figuran el llamado plan de la ciudad de México, de que ya hablamos al comenzar la descripción del Distrito Federal; un plano de las obras del desagüe del Valle de México por Huehuetoca, según el antiguo proyecto; un plano de la Alameda y varios retratos de los que no es posible pasar en silencio, y son los siguientes:

El Sr. D. Juan José de Eguiara y Eguren, autor de una obra monumental intitulada "Biblioteca Mexicana," que continuó después Beristáin. Esa obra es un estudio bibliográfico de los libros escritos por mexicanos hasta el último tercio del siglo XVII, y Eguiara la escribió con el fin de combatir el concepto tan desfavorable difundido en Europa por un escritor de Alicante, respecto del estado bárbaro de México en punto á cultivos literarios.

Eguiara inmortalizó su nombre con esta obra, y aseguró para siempre la gratitud de los mexicanos y la admiración de los eruditos.

Sor Juana Inés de la Cruz, célebre escritora y eminente poetisa, de quien hicimos ya referencia al tratar del convento de San Jerónimo, nació, según ella misma lo dice en uno de sus sonetos, en Amecameca, población perteneciente hoy al Estado de México, y no en Nepantla, como aseguran todos sus biógrafos, en 1651, y murió el 17 de Abril de 1695. Su genio no ha tenido rival en el Nuevo Mundo; su fama llenó las academias del antiguo. Escribió versos inmortales, si bien se resintió algo de los vicios literarios de su época. Esos versos le valieron el nombre de Décima Musa, con que fué

conocida, y vivirá mientras quede vestigio de la lengua española y del arte de expresar la belleza por medio de la palabra. El retrato que nos ocupa fué pintado por el famoso D. Miguel Cabrera, copiando otro que poseían las monjas de San Jerónimo.

El Dr. D. Antonio López Portillo es probablemente el estudiante más celebrado por su talento y sabiduría que ha habido en México. Siendo imposible hacer aquí una biografía de ese grande hombre, bástenos consignar un episodio que hallamos en la continuación de la historia de la Compañía de Jesús, en la provincia de México, escrita por el Padre Alegre.

Queriendo doctorarse en todas las facultades que se enseñaban en la Universidad, sostuvo un acto académico durante tres días seguidos, en que hubo réplica libre acerca de todas esas materias, que casi comprendían todos los conocimientos científicos del saber humano conquistados hasta entonces. El acto fué brillantísimo, causó profunda admiración entre los doctores del claustro y los demás hombres de ciencia y letras que había en México, y se le concedieron todas las borlas por aclamación.

El país se mostró asombrado de ese examen sin precedente ni semejante después, y la resonancia de tal victoria llegó á Europa. La envidia no le perdonó tamaña superioridad y amargó acerbamente sus días.

El Sr. López Portillo nació en la ciudad de Guadalajara, Estado de Jalisco; estudió en el Colegio de San Ildefonso, de que ya hicimos mención, y fué nombrado canónigo de la Catedral de Valencia, España, honor singularísimo para un mexicano en aquella época. Este sabio y literato eminentísimo falleció en aquella ciudad el 11 de Febrero de 1780, á los cincuenta años de edad, y cuando su fama de sabiduría y virtud llenaba ambos mundos.

Al consagrarle este breve recuerdo, cumplimos con un deber patriótico, sacudiendo el polvo que en estos tiempos de metalismo inexorable cubre el nombre de uno de los más ilustres hijos de América.

D. José Gómez de la Cortina, Conde de la Cortina, ilustre sabio en ciencias y letras, reputadísimo en México y el primer presidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Aparece, por último, el retrato del ilustre historiador, el padre franciscano Javier Clavijero, el primero que dió á la historia de México carácter y rumbo científicos. Escribió en italiano su eminente obra "Historia Antigua de México," estando en Bolonia, Italia, á consecuencia del destierro impuesto á los jesuitas por Carlos III, en 1767. Clavijero nació en Veracruz el año de 1731, y falleció en la expresada ciudad italiana el 5 de Abril de 1787. El retrato que nos ocupa fué pintado en Roma, ocho años antes de la muerte del sabio, y mide 94 cmts. de altura por 69 de ancho.

La sección de heráldica contiene muchos objetos de importancia, de los que mencionaremos los principales. Son los siguientes: Escudo de armas de España, bordado de oro, plata y colores sobre tela de damasco; divisa de la familia Citlalpopocatzin, señor de Quiahuiztlan en Tlaxcala; armas del pueblo de Tlacotepec; escudo de la familia Maxixcatzin; escudo de la familia Xicoténcatl; armas de Tlaxcala; armas de Hernán Cortés; armas del conquistador Jerónimo López; armas de Gonzalo de Salazar; armas de D. Fray Pedro de Agurto; armas del Marqués de Senela Nevada, y las del Marqués de San Clemente, del Conde de la Cortina y de la ciudad de Texcoco.

Heráldica militar mexicana, dibujo que representa 62 piezas é insignias de la orden mexicana de Guadalupe, dibujo en que están representadas siete piezas.

En este mismo salón hay dos facistoles, en los cuales están expuestas 207 fotografías tomadas de monumentos, paisajes, edificios, objetos, etc., etc., y que se refieren á asuntos arqueológicos, arquitectónicos, etnográficos, indumentarios y pictóricos.

El quinto salón impresiona excepcionalmente á los visitantes, porque es el destinado á la historia de México independiente, en cuyo período moderno ha tomado parte activa la generación que aún vive. Los objetos están clasificados por secciones, que son las siguientes: Independencia, Imperio de Iturbide, República, Constitución de 1857, Reforma, Imperio de Maximiliano y época actual. En estas secciones hay cosas especiales como habrá de verse en seguida.

La primera sección comienza con el retrato del Corregidor de Querétaro, D. Miguel Domínguez, en cuya casa se reunían las juntas conspiradoras á que asistía el Sr. Hidalgo, y que dieron por resultado el movimiento que éste inició en Dolores la noche del 15 al 16 de Septiembre de 1810. Fué esposa de este Corregidor la célebre D^a Josefa Ortiz, á cuya actividad, energía y solicitud se debió que no abortaran las conspiraciones.

Hállase á continuación el lote Hidalgo, que como su nombre lo indica, consta de objetos pertenecientes ó que se refieren al párroco de Dolores. Esos objetos son los siguientes:

Un estandarte que hace poco tiempo fué trasladado de la parroquia de la Villa de Guadalupe al Museo, y que según respetables autoridades, es el que tomado de la parroquia de Atotonilco, fué el que sirvió al Sr. Hidalgo para proclamar la revolución de 1810. Es una pintura al óleo que mide 84 cms. de largo y 72 de ancho, y representa á Nuestra Señora de Guadalupe. Tiene una inscripción que dice: "Viva María Santísima de Guadalupe," que fueron, á no dudarlo, las palabras que pronunció el Sr. Hidalgo al iniciar el movimiento de la insurrección. Este estandarte fué conducido solemnemente de México á Guadalupe durante el Gobierno de Santa Anna, y hace un año se promovió discusión acerca de su autenticidad. El Sr. D. Jesús Sánchez, ex-director del Museo y persona muy competente, fué designado para producir dictamen á ese respecto, y su opinión es de todo punto favorable á la autenticidad del estandarte. En virtud de tal dictamen se mandó colocar en el salón que visitamos.

Mírase adelante un cuadro que contiene una estola (vestidura sagrada), una maceda de seda y un puño de bastón, prendas todas usadas por el Sr. Hidalgo. Por último, figuran en este lote una escopeta que aun tiene el pedernal y un sillón de cuero claveteado y algo deteriorado.

El Lote Morelos consta de tres piezas: un sillón y dos espejos. El primero sirvió al héroe cuando estuvo preso en la Ciudadela de México, y los espejos que se hallan en sus marcos dorados, pertenecen á las pantallas en que ardieron las luces que alumbraron en Ecatepec la capilla en que pasó la última noche de su vida el esclarecido patriota, la víspera de ser fusilado. He aquí las únicas prendas de Morelos. Nadie dejará de lamentar la escasez de objetos referentes al más esclarecido héroe mexicano en la guerra de independencia.

Más rico en objetos es el Lote de Iturbide.

Contiene un escaparate con un juego de refresco azul, blanco y oro. Consta de siete piezas. Cinco de ellas ostentan el busto y la firma del General Libertador, y en las otras dos se ve dibujado el Castillo de Chapultepec. Un cuadro que representa la casa que habitó en Iguala el héroe de 1821, el tambor con que el 24 de Febrero de 1821 se tocó llamada para la proclamación de la Independencia en el expresado pueblo de Iguala, Estado de Guerrero. También se ve allí una urna en que estuvieron depositados los restos de varios caudillos de la insurrección, durante los días 27, 28 y 29 de Julio de 1895.

Uno de los más interesantes en este salón es el Lote de Documentos. Consta éste de catorce cuadros que contienen multitud de documentos referentes á la época de la insurrección y de México libre. Hay en un documento más de mil firmas, la mayor parte originales, de personas prominentes; cartas, proclamas, etc., etc., y sesenta ilustraciones que representan escudos de armas, divisas militares, sellos y planos.

Continuando la visita se llega al Lote Riva Palacio. Lleva este nombre porque consta de objetos regalados al Museo por el Gral. D. Vicente Riva Palacio, que falleció ha poco en Madrid, donde tenía el cargo de Ministro Plenipotenciario de México. Este lote es muy apreciable, tanto por el número cuanto por la importancia de los objetos. Hélos aquí:

Sillón del Sr. Cura D. Miguel Hidalgo y Costilla, que recogió en 1847 del curato de Dolores el Sr. D. Mariano Riva Palacio, padre del donante; silla del caballo que montaba en Querétaro Maximiliano en los momentos de ser aprehendido; silla que el prisionero regaló al Gral. Riva Palacio; espuela que usó el Sr. Hidalgo; casaca y piqueta del Gral. Guerrero; el pañuelo, la banda y los escapularios que llevaba el mismo general cuando fué fusilado en Cuilapa el 14 de Febrero de 1831, merced á la traición del infame Picaluga; purera de carey incrustada de plata y cabello del Gral. Guerrero; bala que se halló en el cráneo del mismo y que aparece incrustada en oro; varios manuscritos del mismo héroe; una espada que perteneció al Gral. D. Francisco Javier Mina y después al Gral. Guerrero; plumero tricolor del sombrero montado que usó el General Libertador D. Agustín Iturbide al frente del ejército trigarante, al tomar posesión de la capital y del territorio libre é independiente el 27 de Septiembre de 1821; el decreto del Congreso de 25 de Agosto de 1823, declarando beneméritos de la patria á los Grales. D. Guadalupe Victoria y D. Vicente Guerrero; la sentencia del Real Consejo Superior del Almirantazgo de Génova, contra Francisco Picaluga; un pupitre del Gral. Guerrero; un fragmento del árbol que da sombra á la fosa de Napoleón, en Santa Elena, y la acta original que se levantó al erigirse en 1796 la estatua de Carlos IV en la Plaza Mayor de México.

Antes de abandonar el Lote Riva Palacio, quizás no esté por demás, siquiera sea para refrescar la memoria del lector, decir dos palabras más con referencia á la sentencia pronunciada en Génova contra Francisco Picaluga. Este execrable traidor invitó al Gral. Guerrero, que se hallaba en Acapulco, á tomar un almuerzo á bordo del bergantín *El Colombo*, de que el primero era capitán. Picaluga estaba de acuerdo con los enemigos de Guerrero, así es que en un momento dado se hizo á la vela el bergantín, conduciendo preso á Guerrero á Huatulco, donde fué entregado el 20 de Enero de 1831 á Miguel González. Guerrero fué trasladado á Oaxaca, donde un consejo de guerra lo

sentenció á ser fusilado, sentencia que se cumplió el 14 de Febrero de ese año en el pueblo de Cuilapa, cerca de Oaxaca.

La resonancia de esa nefanda traición, produjo el enjuiciamiento de Picaluga en Génova, donde, como decimos, se pronunció la sentencia que nos ocupa y en la que el infame es "*expuesto á la vindicta pública como enemigo de la patria y del estado*" é incurso en todas las penas y perjuicios impuestos por las leyes regias contra los bandidos de primer orden, en cuya categoría debía contarse Picaluga.

Decoran este salón varios retratos, entre los cuales se ven uno en cera del emperador D. Agustín de Iturbide, y al óleo, de D. Guadalupe Victoria, primer presidente de la República; de D. Vicente Guerrero, y del Gral. D. Antonio López de Santa Anna, que fué presidente de México repetidas veces en un período de 22 años, de 1833 á 1855.

El lote especial de la Constitución de 1857 es muy pequeño. Consta de una de las plumas con que fué firmada la Constitución; el autógrafo del manifiesto de los constituyentes, escrito por D. Francisco Zarco, y auténtica de esas prendas escrita por D. Basilio Pérez Gallardo.

Los objetos pertenecientes á la época de la Reforma son: una fotografía tomada del retrato al óleo de D. Melchor Ocampo, pintado por D. Salomé Pina; un trozo del árbol en que fué colgado el mismo Sr. Ocampo después de fusilado en Tepeji del Río el 3 de Julio de 1861; una mascarilla tomada del cadáver del mismo señor, una bala extraída de su cráneo, y la pluma con que se firmó la sentencia de muerte de los jefes liberales Arteaga, Salazar, Villagómez y otros.

La época del imperio está representada en este departamento por las piezas siguientes:

Retrato del emperador Maximiliano, en que aparece á caballo, con arneses de estilo mexicano; busto en bronce de Maximiliano, escudo de armas del Imperio; diez albardas pertenecientes á los alabarderos del emperador; estandarte de la orden imperial de Guadalupe en su tercera época; bandeja de gran tamaño (1 m. 32 cms. de diámetro) de madera y de una sola pieza, perteneciente á la emperatriz Carlota, y una tina de mármol de la misma.

En escaparates están expuestas dos vajillas de Maximiliano, una de lujo y otra de uso diario. El conjunto da un total de 176 piezas, hechas en la casa de Christoffle. Unas piezas tienen la marca M. I. M. y otras ésta: C. C. M. En el público se cree que estas vajillas son de plata; pero la capa de este metal que cubre los objetos es muy delgada.

La familia del Sr. Juárez ha regalado al museo las siguientes piezas que se hallan en este salón: un lavamanos de porcelana; un sillón; un traje negro completo; una bata; una capa; un par de botas; sombrero de seda; relojera; la última pluma que sirvió al Sr. Juárez; la cama en que murió; un retrato del padre D. Antonio Salamera, que fué quien recogió al Sr. Juárez, de niño, lo elevó de su humilde esfera, lo protegió y enseñó; una banda tricolor; un vaciado en yeso de la mascarilla tomada del cadáver del Sr. Juárez y varias coronas metálicas.

Hay además en este salón, una gran placa de plomo conmemorativa de la erección del convento de Betlemitas; armas de la República Mexicana y trofeos, hechos todo de

pluma, á estilo de los mosaicos mexicanos; algunas armas de fuego y blancas; una pequeña estatua del Sr. Hidalgo hecha de madera por el afamado escultor D. Clemente Terrazas, y que se tiene por el verdadero retrato de aquel caudillo.

Antes de pasar adelante, debemos dedicar algunas líneas á otros objetos que se hallan en la planta baja del museo y que interesan vivamente al visitante. Figuran ahí la magnífica carroza imperial de Maximiliano, hecha en Milán; el carruaje que regularmente usaba el emperador; el de D. Benito Juárez; tres argollas traídas de la costa de Veracruz, y que servían antiguamente para atracar navíos; varias lápidas conmemorativas, y un escudo de la orden del Carmen.

Imposible sería recorrer los demás departamentos con el mismo examen que los anteriores. Bástenos describirlos á grandes rasgos para integrar este capítulo.

Departamento de Monstruosidades.—Esta sección es de grandísima importancia. Comienza con el retrato de un gigante mexicano, Martín Salmerón y Ojeda, que nació en Chilapa, Estado de Guerrero, el 14 de Abril de 1774. Fué de sangre española, y medía dos metros y medio de altura. Continúan luego hasta 57 ejemplares de distintas monstruosidades, ya de seres humanos, ya de brutos, siendo los más notables: un individuo con tres cuernos en el lado derecho de la cabeza, dos de ellos rotos y el de en medio íntegro. Feto de un niño sin cráneo ni encéfalo; becerra con un ojo único en la frente; un becerro con los dos ojos dentro de una misma cavidad; dos niños pegados desde el cuello hasta la cintura por el costado; dos mujeres unidas por la espalda; un borrego con ocho patas en un solo cuerpo; un pollo con cuatro pies; un individuo con dos miembros genitales y una pequeña pierna con pie que sale de la próstata.

Departamento de Mineralogía.—La sección de mineralogía contiene una preciosa colección de unos 831 ejemplares, clasificados y arreglados, y posee su catálogo.

Una de las más vistosas secciones del establecimiento es la de imitaciones en cristal. Comprende 44 piezas ó imitaciones en cristal de varios animales.

Departamento de Historia Natural.—Los salones que corresponden al departamento de historia natural y que están en el segundo piso, presentan el mayor interés con sus colecciones numerosas y perfectamente clasificadas.

La colección de mamíferos contiene 239 ejemplares traídos de varios países y algunos originarios del país. Entre éstos, merece particular atención el muy venerado en el Indostán, no precisamente por su asombrosa inteligencia, sino porque se le atribuye haber salvado de un demonio á la esposa de Ramo, héroe mitológico. El Semnipegoteo es una de los 30 millones de divinidades que adoran aquellos indígenas.

El Leopardo ó Puma, conocido por los indios con el nombre de *miztli*, es un carnívoro muy temible por las grandes depredaciones que hace en los ganados. Se alimenta exclusivamente con sangre, por lo cual llega á sacrificar hasta veinte borregos en una noche. Es muy ágil, corpulento, fuerte y astuto. Hállase en toda la América, desde el Canadá hasta la Patagonia.

El Tigrillo (ocelotl en mexicano) es un felino terrible por su ferocidad y agilidad. Vive en cualquier clima y siempre en compañía de la hembra. Su piel es muy bella y se aprovecha especialmente para fundas de pistola y arnés de sillas de montar.

El Tigre americano que se halla desde Texas hasta las Repúblicas del Sur, es algo menos corpulento que el de Asia, aunque más ancho y tan feroz como él. La caza de

esta fiera es una industria productiva á causa del buen precio que alcanzan las pieles, las cuales se exportan en gran cantidad.

Existe en esta galería un hermoso ejemplar del león africano, cuyas cualidades, por ser tan conocidas, no creemos necesario notar aquí.

El Zorrillo (yzquiepatl), muy común en todo el país, es un animal nocturno que presenta esta rara cualidad: al verse perseguido arroja de unas glándulas que se hallan en la porción terminal del recto un líquido de fetidez tan penetrante, que ningún animal lo soporta, excepto el perro. Por este medio se ve instantáneamente libre de la persecución. El olor de esa secreción es tan persistente que dura hasta años, impregnando la atmósfera en un espacio considerable al derredor del punto en que cae el líquido, y esto á pesar de frecuentes lavados y otros medios de desinfección.

El Cacomistli es un carnívoros exclusivo de México y Texas. Prefiere los lugares poblados y es el grande enemigo de las gallinas. Debido á su agilidad y fuerza, así como á la disposición de sus pies que le permiten subir y bajar fácilmente por las paredes planas, causa grandes estragos en los corrales, donde, si faltan precauciones, suele no dejar una sola ave. Regularmente no devora más que la cabeza, dejando intacto el grueso del cuerpo.

El Oso de Coahuila que habita en primavera los valles, en estío los bosques y duerme durante todo el invierno, se distingue por su actividad, agilidad y vigilancia. Es diestro, astuto y perseverante en sus empresas. Corre, nada y trepa á los árboles con gran facilidad. Rara vez ataca al hombre; pero cuando lo hace agujoneado por la persecución, es verdaderamente terrible.

Es muy curioso un ejemplar de Morza ó Vaca Marina, enorme bestia que mide siete metros de longitud y pesa 1,500 kilos. Los colmillos miden 60 cms. El ejemplar que posee el Museo es originario de Groenlandia. La morza, torpe en tierra, es extremadamente ágil en el agua, no teme al hombre y es sobremanera amorosa con sus hijos á quienes defiende aun á costa de su vida. Su aspecto es rudo y poco simpático, ruge como león, y sus fuerzas son tales, que fácilmente vuelca las embarcaciones de los pescadores.

Cuenta esta misma sección con dos Focas, una traída del Golfo de México y otra de los mares del Norte; esta última es la conocida también con el nombre de Becerro Marino. Distínguese este animal, como es sabido, por su notoria pasibilidad que lo hace muy amable. No teme al hombre, porque confía en que no le hará daño. Pero la circunstancia que hace más simpática á la Foca, es su grande amor á sus hijos. Ningún otro irracional los ama tanto, y es un hecho que se ha visto llorar á una Foca, por la muerte de su prole.

Curiosísimo es el *Huistlacuache*, roedor perteneciente á la familia de los *histrici-dios*. Este animal está todo cubierto de espinas que constituyen su mejor defensa, porque ellas se desprenden de la piel con mucha facilidad; así es que al ser atacado se clavan en el hocico ó manos del que lo ataca penetrando considerablemente, pues son dichas espinas muy punzantes. Los hijos nacen ya cubiertos de ellas.

El Daman es entre los irracionales el que más se distingue por su prudencia. En su gruta vive acompañado siempre de una Mangusta (cuadrúpedo) y una lagartija. Cuando notan alguna persecución corren todos á ocultarse entre las aberturas de las

rocas, y pasada la causa de alarma, el Daman despacha primero á la Mangusta, luego á la lagartija, y cuando está completamente seguro de que no han tenido novedad, sale él para regresar á su domicilio. El ejemplar de este Museo fué traído del Cabo de Buena Esperanza.

Muy notables son también los ejemplares de elefante y bisonte, procedentes de Asia el primero y el segundo de los Estados Unidos, y el del *alce*, enorme ciervo del Canadá, animales que por ser muy conocidos no ameritan explicación en esta reseña.

El Jabalí (coyamatl) ó puerco espín, habita desde el río de Arkansas, en los Estados Unidos, hasta la Patagonia, en Sud América. Su carne es más gustosa que la del cerdo de cría. En México se encuentra una rama especial de esa familia, la llamada *candangas*. Es más feroz y corpulenta que el jabalí vulgar. Siempre anda en grandes manadas, y se distingue por su índole vengativo y rencoroso. Cuando un cazador, después de matar á una candanga, ha tenido que trepar á un árbol para defenderse de la manada, ésta rodea aquel refugio y esperan larguísimo tiempo á que baje el cazador para atacarlo y vengar la muerte de la víctima. Es seguro que si no sobreviene alguna circunstancia como la ayuda de otros cazadores, la manada permanecerá ahí hasta lograr sus propósitos.

En la colección de los marsupiales figura el *Didelphis Virginiano*, que se conoce en México con el nombre de Tlacuache (del mexicano tluacatzin). Estos mamíferos presentan la singularidad de que la hembra lleva en el vientre una bolsa donde deposita á sus hijos luego que los pare. Nacen hasta diez y seis crías en estado casi informe y gelatinoso, sin ojos ni orejas, y cuando al cabo de cuarenta ó cincuenta días los cachorros salen de la bolsa, aparecen perfectos y bastante crecidos.

No menos curioso es el ejemplar de un *Ornitorinco*, que se encuentra en la colección de los *monotremos*. Este animal vive en las orillas de los ríos ó arroyos, donde cava galerías de 6 á 7 metros, cuya entrada está bajo el agua. Tiene pico y muelas, uno y otro córneos. La singularidad más notable del ornitorinco estriba en que la hembra no tiene pezones en las tetas, sino que ellas están llenas de agujeritos por donde, al ir nadando el animal, se escapa la leche que se desliza en el agua y así la van tomando las crías. Pone huevos que llevan dentro al hijo en estado embrionario.

Otros muchos ejemplares raros é interesantes encierra esta sección; pero renunciamos á describirlos porque ello fuera tarea muy prolija.

La sección de reptiles y batracios es numerosísima, especialmente en ejemplares mexicanos. La gran diversidad de climas del país hace que la variedad de su fauna sea indefinida. El Museo Nacional ha logrado formar una colección riquísima, en la cual figuran los más curiosos ejemplares, desde la colosal boa y la gran tortuga, cuyo garapacho sirve de embarcación en algunas costas de América, hasta las pequeñas lagartijas y víboras de las altas planicies. Hállanse ahí casi todos los reptiles de mordedura ponzoñosa, y que son el terror de los extranjeros, desde la tremenda culebra de cascabel hasta el alacrán y el vinagrillo. La colección de coleópteros mexicanos formada por el Dr. D. Eugenio Pages, y que adquirió el museo en 1895 por orden del Sr. Lic. D. Joaquín Baranda, Ministro de Justicia é Instrucción Pública, contiene más de 2,500 especies acompañadas de diez tomos manuscritos con descripciones y acuarelas formadas por el mismo doctor. Se comprende cuán grande es la importancia de esta sección que ofrece ancho campo á los hombres que estudien científicamente el país.

Cautivan también la curiosidad de los visitantes las colecciones de peces y aves, cuyos catálogos ha formado el laborioso é inteligente profesor Dr. Alfonso L. Herrera. Obsérvanse entre los peces ejemplares notoriamente raros, ya por su extraña figura, ya por sus costumbres ó dimensiones, así como se admiran en la colección de aves los géneros más hermosos con que pródigamente dotó el autor del Universo á esta privilegiada región de la tierra. A manera que el departamento de Historia impresiona el ánimo con los grandiosos recuerdos que en él acumula, y la sección arqueológica con los profundos misterios que ofrece á la impotente meditación del hombre, este departamento de las aves alegra los ojos con la inmensa variedad de bellísimos plumajes y figuras gallardas, especialmente en algunos ejemplares en que la disección es muy artística.

La sección de Antropología, ciencia que por los grandes problemas que está llamada á resolver ocupa ya prominente lugar entre las creadas por nuestro siglo, será la que por unos momentos ocupará en seguida nuestra atención.

Departamento de Antropología.—Parecía estar indicado que al escribir la primera parte de este libro y trazar á grandes pinceladas el concepto general de México, nos ocupáramos entonces de la etnografía indígena, de la geografía de las diferentes familias de raza pura, y aunque sintéticamente, de la antropología mexicana propiamente dicha. Mas como entraba en nuestro plan el ocuparnos de los establecimientos científicos del Distrito Federal, particularmente del Museo, aplazamos para esta ocasión el asunto, ya para no tener que repetir lo que en aquella sazón hubiéramos dicho ó dejar trunca la descripción del Instituto, ya para tratar de la materia en concreto y con el apoyo de los criterios que existen en esta sección.

Ella es de origen reciente. Débese su instalación á la iniciativa del Sr. Ministro Baranda, quien con motivo de la reunión en México del XI Congreso Internacional de Americanistas en Octubre de 1895, mandó instalar este departamento, á fin de que los sabios pertenecientes á esa reputada asamblea hallaran en el Museo Nacional Mexicano elementos de importancia para estudiar al hombre de América.

El laborioso geógrafo, D. Antonio García Cubas, es el autor de la "Carta Etnográfica" que con el núm. 855 aparece en el catálogo de esta sección. Contiene esa carta, además de la distribución territorial de las familias étnicas del país, la relación numérica entre ellas. Según este autor, la familia predominante es la mexicana, siguiéndole las otras en la proporción que expresa la nota siguiente:

Familias.	Número de habitantes.
Mexicana.....	1.750,000
Otomí.....	704,734
Mixteco-Zapoteca.....	580,000
Maya-Quiché.....	400,000
Tarasca.....	250,000
Totonaca.....	90,000
Ópata-Pima-Sonorense.....	85,000
Zoque-Mixe.....	60,000
Al frente.....	3.919,734

Familias.	Número de habitantes.
Del frente.....	3.919,734
Chontal.....	31,000
Apache.....	8,000
Matlazinca.....	5,000
Huave.....	3,800
Guaicura y Cochimí Laimón.....	2,500
Seri.....	200
TOTAL.....	3.970,234

Parécenos indudable que esta noticia contiene errores, si no en cuanto á la proporción del censo de una familia respecto de las otras, sí en cuanto al número de individuos que el autor fija á todas. La raza indígena es la dominante numéricamente en el país, por más que en las grandes ciudades y en los Estados del Norte domine la mestiza y la española. Los Estados del Golfo y del centro, que son los más poblados, representan un censo indígena de más del 50 por ciento del censo total. En Oaxaca, Guerrero, Veracruz, Puebla, Chiapas, los Estados de la península yucateca y otros muchos, las familias de raza pura pueblan todas las poblaciones y las fincas de campo que en todo el país son cultivadas por los indios. Sólo en las capitales se observa cierto predominio en la raza mezclada. Estos hechos han fijado el cálculo del censo indígena en unos siete millones de individuos, predominando siempre la familia mexicana.

Existen en todo el país 728 tribus indígenas, cuya geografía etnológica ha sido investigada con grande acierto por el eminente escritor é historiador D. Manuel Orozco y Berra. Esas tribus pertenecen á las siguientes familias:

La *Mexicana*, que habita en los Estados de Puebla, Tlaxcala, Veracruz, Hidalgo, Sinaloa, Jalisco, San Luis Potosí, Guerrero, Colima, Morelos, Michoacán, Aguascalientes, Tabasco, Oaxaca, Chiapas y Distrito Federal.

La *Sonorense-Ópata-Pima*, en Sonora, Chihuahua, Durango, Sinaloa, Jalisco y Zacatecas.

La *Guaicura y Cochimí Laimón*, en la región boreal de la Baja California.

La *Tarasca*, en Michoacán, Querétaro, Jalisco y Guerrero.

La *Zoque-Mixe*, en Oaxaca, Chiapas y Tabasco.

La *Totonaca*, en Puebla (sierra de Huauchinango) y Veracruz.

La *Mixteco-Zapoteca*, en Oaxaca, Puebla y Guerrero.

La *Matlazinca*, en el Valle de Toluca y otros puntos del Estado de México y en Michoacán.

La *Maya-Quiché*, en la península yucateca.

La *Chontal*, en Tabasco, Guerrero y Oaxaca.

La *Huave*, en Tehuantepec y Chiapas.

La *Apache*, en la frontera septentrional.

La *Otomí*, en Hidalgo, Guerrero, Guanajuato, San Luis Potosí, México y Tlaxcala.

Aunque la familia mexicana ó nahoa es la más numerosa, y la que mayor poderío ejercía en la época del descubrimiento colombino, no es por cierto la que ha conservado mejor ni sus tradiciones ni sus vigores morales de raza. Menos altiva é inteligente

que la zapoteca, menos industriosa que la otomí y que la tarasca, menos belicosa que la mixteca y la maya, menos bella que la totonaca, su degeneración es evidente. Hállase destinada en lo general á las faenas agrícolas en las haciendas y ranchos, donde arrastra una especie de esclavitud que las leyes han sido impotentes para destruir; parece resignada al exterminio, á las tinieblas de todos los abismos, á la inercia absoluta del alma, ante el vertiginoso progreso del país y del género humano. El azteca ha olvidado absolutamente su historia, sus ideales, su grandeza. Se ha dicho que conserva algo de sus tradiciones religiosas, pero esto no es exacto. Permanece en él la indiosincrasia religiosa, el instinto de la veneración profunda, y como entiendo mal el cristianismo, ó mejor dicho, lo ignora en sus grandes principios, resulta supersticioso y hasta idólatra. El progreso no lo seduce ni interesa, pasa cabizbajo junto á la locomotora, á la que apenas concede una mirada indiferente. Nada le dice el hilo telegráfico que atraviesa sus lares, ni parece que el mundo encierre para él cosa digna de conmovirlo; siéntese ya fuera de los destinos del Universo. Embrutecido en su destierro social de cuatro siglos, apenas se preocupa por el agua y el monte que eternamente se disputan unos pueblos con otros. En los colegios sigue la carrera eclesiástica y sólo por mera excepción otras.

Si nos fuera lícito aventurar opiniones que aun no pudieran sostenerse con el vigor científico; pero que la observación directa, próxima y prolongada ha llegado á ingerirnos, atentaríamos á explicar el fenómeno histórico de la no civilización de ésta y de las otras familias indígenas, á pesar de los esfuerzos que durante muchos años hizo España por medio de sus misioneros, sus leyes y algunos excelentes delegados del trono para civilizarlas. Ya hemos hablado con la extensión posible de esos esfuerzos. Hemos visto erigirse á otro día mismo de la Conquista escuelas de letras y de artes, colegios y universidades para derramar la luz sobre los indios. Sin embargo, hemos presenciado hechos tan extraordinarios en la historia de la civilización, como la clausura por tres veces del Colegio de Tlaltelolco, dedicado exclusivamente á la instrucción profesional de los indígenas. Existen pruebas antiguas, medias y modernas de la aptitud de ellos para el aprendizaje de todas las artes y ciencias, aptitud ensalzada por observadores de todas las épocas, desde el Obispo Garcés, el primer prelado de Tlaxcala, que hizo caluroso panegírico de la inteligencia de los conquistados en una célebre carta dirigida al Padre Santo. ¿Cómo entonces explicar la inutilidad de los esfuerzos civilizadores á que hemos hecho referencia?

Nosotros, que hemos observado al indio detenidamente y lo hemos estudiado en su historia, hemos adquirido la convicción de que por ley idiosincrática de raza, este hombre de América no entiende la civilización como la entiende el hombre de Europa. El concepto de civilización es distinto para el uno y para el otro. Lo que para el europeo es un ideal, para el indio no tiene atractivo. El ideal de esta raza está perfectamente representado en el régimen social que hallaron los españoles: absolutismo en la autoridad, la religión absorbiendo todos los actos, las obras, los destinos materiales y espirituales del hombre; el dominio sobre otros pueblos; rigorismo moral llevado á las más crueles hipérboles; exquisita curiosidad para algunas obras de mano. He aquí en el espíritu del indio el panorama de la civilización. Ni apetece ni jamás hubiera apetecido otra, aun cuando el mar tenebroso continuara por centurias de siglos ocultando á la sabiduría del mundo cristiano este mundo occidental.

Nacida la sociedad para el progreso, sin duda que la indígena americana habría prosperado; pero siempre dentro de esa noción, de ese orden, de esa idiosincrasia. Al presentarse la civilización europea fué para el indio un fruto desabrido, no halló en ella encanto alguno, ni la sintió acorde con sus destinos; y aunque no deliberadamente, sí á impulsos de su instinto prefirió hundirse en el anonadamiento social, á seguir la corriente que el mundo antiguo precipitara sobre el nuevo.

He aquí explicado el constante fracaso de los repetidos y enérgicos intentos para vestir el alma de esas familias indígenas con los atavíos del alma de la raza blanca.

Actualmente el mexicano se alimenta con la misma sobriedad que en la época precolombina, aunque con mayor pobreza. Su alimento se reduce á pan de maíz con salsa de chile y frijoles; rara vez come carne. Su salario es muy exiguo: gana 25 centavos diarios por trabajar de las 4 y 5 de la mañana á las 6 y 7 de la noche, según la estación. Viste camisa y calzón de manta, en algunas fincas calzonera de cuero; zandalias (guarache) de suela y sombrero de palma. Es muy fuerte para el trabajo, que soporta con tranquilidad. Respeta á sus amos; padece muy pocas enfermedades; muere regularmente de pulmonía, fiebre ó diarrea; envejece muy tarde y casi nunca encanece; trata mal á su mujer é hijos; es muy devoto, pero sólo cuando se casa ó cuando está en verdadero peligro de muerte practica la confesión y la comunión; es inclinado á la embriaguez, la sensualidad y la venganza. En los tumultos es irascible y exterminador, valiente en la campaña y admirablemente sufrido en los trabajos de la guerra, especialmente en el hambre. Es cruel de vencedor y abyecto de vencido. Su gran defecto moral es la ingratitud, y sus grandes cualidades el patriotismo y el trabajo. En la familia mexicana, lo mismo que demás indígenas, la parte más estimable es la mujer, adornada con todas las virtudes de la blanca y con algunas en que la supera, como son la fidelidad conyugal, su inmensa laboriosidad, su abnegación, su ternura y su hospitalidad.

El idioma mexicano ó nahuatl es admirable por su estructura, su riqueza, su elegancia y su eufonía. Grandes lingüistas lo han considerado superior al griego, y tenemos por exacto que tanto se presta para lengua sabia, como para religiosa, poética, mercantil, social, científica y oratoria. El departamento que recorremos posee varias estampas fotográficas (núms. 24, 634, 246, 247, 255, 256, 182, 185, 205 á 210), tomadas de indios mexicanos de Tlaxcala y otras varias estampas que representan tipos de la misma familia en Colima y Nuevo León.

La presencia de tlaxcaltecas en lugares distantes de un núcleo geográfico, se explica recordando que los españoles con sus conquistas llevaban siempre tlaxcaltecas, los cuales se iban avocindando en los lugares conquistados. Por eso se hallan en San Luis Potosí, Zacatecas, Durango, Nuevo León, Coahuila y hasta en Nuevo México.

En la sección que nos ocupa osténtanse numerosas fotografías de los tipos que corresponden á la familia sonorensis, ópata-pima. Los pima son de estatura corpulenta, bondadosos de carácter, laboriosos, algo civilizados y muy semejantes á los ópatas. Pima es una palabra que en el idioma de esta tribu significa *no*.

Los pápagos, pertenecientes á la misma familia sonorensis, son robustos y belicosos, hábiles en algunas industrias y buenos agricultores. Viven separados de los blancos en los pueblos que gobiernan caciques, los que dependen de un capitán general

puesto por el gobierno del Estado. Míranse en esta sección del Museo tres fotografías tomadas de indios pápagos y una de areneños, que son una sub-tribu de ellos.

Hay también fotografías de yumas, yaquis, tarahumares y coras. Los yumas habitan en los Estados Unidos. Se distinguen por traidores y crueles. Los tarahumares viven en la sierra del Estado de Chihuahua. Constituyen una tribu muy numerosa, pacífica, y que ha permanecido en estado de barbarie habitando las cuevas de los montes y viviendo en costumbres salvajes.

Hace tres años el Illmo. Sr. D. Jesús Ortiz, primer Obispo de Chihuahua, tuvo la feliz inspiración de organizar agrupaciones de misioneros que fueran á evangelizar é impartir la civilización á los tarahumares. Confióse tan penosa y meritoria empresa á los padres josefinos, quienes han trabajado con esfuerzo, abnegación y celo apostólico, dignos de los Motolinía y Las Casas. En poco tiempo han establecido escuelas y reunido numerosas familias á vivir en sociedad; é internándose á lo más abrupto de la sierra se hallan evangelizando y logrando tales frutos, que hacen esperar con fundamento para época cercana la conquista de cien mil personas á la civilización. El nombre *tarahumar* está formado de las palabras *tara* que significa *pie*, y *huma* que significa *correr*, y tiene su origen de que estos indios acostumbran correr en parejas aventando una bola con el pie.

Los coras habitan la sierra del Nayarit desde tiempos remotos, anteriores á la peregrinación de los mexicanos. Su existencia permaneció ignorada hasta principios del siglo XVII en que fueron descubiertos. Duró más de un siglo su conquista, que terminó por un viaje que hizo á México el sumo sacerdote, para prestar obediencia al virrey, el Marqués de Valero. Pero aunque aceptó ese personaje cora la soberanía de España, se negó resueltamente á aceptar el catolicismo, que después fué predicado á una tribu por los jesuitas logrando su conversión.

Los yaquis merecen particular examen, porque son la única tribu que ha estado en guerra con el gobierno nacional durante la época de la paz, guerra sostenida por ellos con admirable valor y constancia, hasta que en el pasado año (1897) y por influencia de los misioneros josefinos, se sometieron al gobierno celebrando un tratado de paz decoroso.

Los yaquis habitan las márgenes de los ríos Yaqui y Mayo, y forman parte de la población de las ciudades de Hermosillo y Guaymas, Estado de Sonora, y de la Paz, Baja California. Son corpulentos, hermosos, de carácter jovial y amable, valientes y muy hábiles para toda clase de industrias. Están considerados como los mejores buzos, y ninguna otra tribu indígena les iguala en agilidad y destreza. En Sonora son los mejores artesanos y agricultores. Gustan mucho de la música y son dados á los placeres sensuales y hostiles á la raza blanca. Su amor á la independencia los impulsó á veces á sublevarse contra las autoridades civiles. Entonces abandonaban sus pueblos y se lanzaban al saqueo de algunas poblaciones pequeñas. Hoy, gracias á los trabajos de los misioneros, los yaquis parecen dispuestos á cambiar de costumbres y vivir en paz con los mestizos y europeos. La última guerra fué tan prolongada y les causó tantos perjuicios que no es fácil intenten volver á ella.

La familia Cochimi-Laimón está representada por 23 fotografías, tomadas de grupos y de individuos aislados. Los Californios presentaron ante los españoles el aspecto y costumbres más salvajes entre todas las tribus que descubrieron. Los jesuitas se

consagraron á la evangelización y civilización de esta numerosa familia que hallaron sumida en horripilante barbarie. Ni sembraban ni poseían industria alguna. Comían toda clase de animales y separaban del excremento las partículas no digeridas para volvérselas á comer. Los hombres andaban completamente desnudos y las mujeres con un pequeño cendal tejido con filamentos de algunas plantas. La historia escrita por el Padre Alegre, y su continuación, se ocupa en narrar la maravillosa gestión apostólica de los jesuitas en California para instruir á estos indios. Los californios habrían llegado á civilizarse merced á esas faenas, si no hubiera venido á interrumpirlos la expulsión de los padres de la Compañía decretada por Carlos III, y de la que repetidas veces hemos hablado. Ella estancó y nulificó la obra civilizadora, no sólo en California, sino en otros muchos lugares sólo accesibles para la caridad cristiana.

La familia seri consta de dos tribus: la seri y la de los guaimas. Ambas están representadas en este departamento por dos fotografías. Los seri son feroces é indomables, de instintos depravados y costumbres viciosas. Su tribu fué muy numerosa, pero debido á la prolongada guerra que sostuvo con España, fué disminuyendo hasta quedar reducida á un número de mil personas. Habitaban antes en gran parte del Estado de Sonora; pero fueron reducidos después, en 1856, á la costa que da frente á la Isla del Tiburón, en el Golfo de California, y actualmente se hallan confinados en esa isla. Conservan hasta el día el uso terrible de la flecha envenenada, que preparan de la manera siguiente: Cogen ó apresan el mayor número posible de víboras de cascabel, cuyo veneno es mortal, y las encierran en agujeros verticales que practican en el suelo. Toman luego hígados de buey ó carnero, y después que han irritado á las culebras picándolas fuertemente con varas, las arrojan los hígados que muerden con ferocidad inyectándoles la ponzoña. Entierran luego esas vísceras hasta que se pudren, y después clavan en la masa que resulta las puntas de las flechas dejándolas secar. Envenenadas así, la herida que producen, por leve que se suponga, es mortal. La inoculación de ponzoña tan activa es instantánea, y no se conoce un solo caso en que la víctima escape de la muerte. Estos indios son completamente salvajes, sucios y sobremanera inclinados á la embriaguez.

Entre las familias indígenas más famosas por su barbarie, carácter belicoso y constantes depredaciones, figura la del apache, que vive en la región boreal del territorio mexicano, entre Sonora y Chihuahua.

Los apaches son fuertes, ágiles, tanto á pie como á caballo, anchos de cara, con mirada torva y nariz aplastada. Creen en un autor del Universo y en el espíritu maligno, al cual se encomiendan; pero no se les conoce práctica alguna religiosa. Son polígamos, y castigan el adulterio de las mujeres cortándoles las narices. Su traje, según el manequí 947 que figura en esta sección, se compone de un taparrabo, zapatos de gamuza que llaman teguas, cosidos con tendones. Los jefes y los ricos llevan pantalones muy estrechos de gamuza, que constan de dos partes independientes, una para cada pierna, y sólo ligadas por la cintura con correas. A lo largo de la costura cuelgan flecos de gamuza. Los hombres se agujeran todo el derredor de las orejas y cuelgan de los agujeros argollas de latón, suspendiendo de la del centro una concha de perla, y entretejen en el cabello una trenza de pelo postizo adornada con hebillas de plata. Usan además gargantillas de cuentas de vidrio, conchas y colorines.

Las mujeres llevan unas botas de gamuza que les suben hasta los muslos. De las rodillas para arriba la bota consta de dos fundas, una de las cuales cae doblada hacia abajo. La enagua es también de gamuza y llega sólo hasta los muslos, adornada con flecos del mismo cuero. A los lados cuelgan dos orejas que llegan hasta el tobillo. De los flecos de estas orejas penden campanitas, conchas y caracoles. En la parte superior del cuerpo usan un algodón de gamuza adornado de igual manera. Los hombres se pintan la cara de rojo y amarillo, y en tiempo de guerra el resto del cuerpo con rayas negras y blancas.

Los apaches viven exclusivamente de la guerra con los blancos, la cual no tiene más objeto que el robo. Son extremadamente péfidos y su fuerza estriba en la traición. Jamás atacan á un enemigo apercebido, por débil que sea. Su táctica tiene por alma la sorpresa, así es que proceden siempre por emboscadas en los caminos, ó acercándose silenciosamente á las poblaciones en el peso de la noche y cayendo de súbito sobre ellas.

Son crueles con el vencido y sólo muestran valor en los casos supremos. En la guerra usan largos penachos de pluma que caen hacia atrás hasta la cintura, y llevan escudos chapeados de espejos para deslumbrar al enemigo. Manejan muy bien el rifle y la flecha. Hacen las puntas de aro de barril y las disparan con tal fuerza, que atraviesan una res de parte á parte. Su agilidad, lo mismo en el llano que en la montaña, es asombrosa. Para caminar eligen los lugares rocallosos ó duros á fin de no dejar huella. Conocen muy bien las que hallan en los senderos, al grado de comprender si la bestia pasó de día ó de noche, si iba cargada ó no y el tiempo que lleva de haber pasado.

Su mayor esfuerzo de ingenio consiste en discurrir los medios de sorprender á los caminantes, ó á las fuerzas que los persiguen. A ese fin se valen de mil arbitrios, siendo el más común elegir una emboscada donde se oculta el grueso de la horda, y luego enviar un pequeño grupo, que dejándose ver y hasta provocando al enemigo, lo atraiga hacia el sitio de la emboscada, fingiendo que huye por ahí ó que en aquel punto va á rendirse. Cuando hace prisioneros los martiriza, arrancándoles poco á poco pedazos menudos del cuerpo hasta destrozarlo completamente.

La familia apache, que tan funesta ha sido para los pueblos de Chihuahua y Sonora, encierra el tipo del indio irreconciliable con la civilización. El departamento que recorremos posee una fotografía tomada de un apache medio domesticado en Chihuahua y el manequí á que hemos hecho referencia.

Al tratar de las familias indígenas de la región boreal mexicana, mencionaremos por último á la *varia*, que se compone de los indios kikapoos y los diegueños. En la misma sección del Museo se ven once estampas que representan á los primeros y una de los segundos.

Los kikapoos son originarios del Canadá, y han sido expulsados á la frontera mexicana del Norte por las fuerzas de los Estados Unidos; son valientes, belicosos, manejan bien las armas de fuego y los caballos. Su aspecto es feroz y sus costumbres umbrías. Sus trajes no presentan belleza ni originalidad alguna, una mezcla híbrida de la de los blancos y la de los apaches.

Los diegueños fueron civilizados por los jesuitas y alcanzaron grado razonable de

cultura; pero con motivo de la expulsión tantas veces mencionada, volvieron á la vida salvaje, en peores condiciones que antes.

Diez y seis fotografías representan diversos grupos de la familia tarasca, tanto de Guanajuato como de Michoacán. Los tarascos son antiquísimos en el país, quizás contemporáneos de los toltecas. Formaron en el actual Estado de Michoacán y otros lugares un reino independiente. Su civilización fué bastante adelantada, y sus costumbres más suaves que las de los aztecas. Ya hemos recordado que ese reino se sometió espontáneamente á los españoles. D. Vasco de Quiroga, primer Obispo de Michoacán, les enseñó varias artes, para las que mostraron gran habilidad y que cultivan hasta el día. Conservan algunas de sus antiguas industrias, entre otras, la fabricación de *jacaras* que barnizan con la grasa de un insecto llamado *axe*, y que son muy estimadas por lo firme y luciente del brillo. En esta raza ó familia hay indias bellísimas, como lo prueba la fotografía 103 de esta sección.

Una copia fotográfica representa un grupo de cinco indios totonacas de Tlapacoyan, Estado de Veracruz. La familia totonaca presenta particularidades étnicas de gran importancia. Los totonacas son blancos y hermosos; sus mujeres pueden rivalizar en belleza con las mujeres de la raza española. En el catálogo del Museo se indica cierta incredulidad á ese respecto, por medio de interrogaciones intercaladas en el texto de un párrafo de Sahagún, en que se afirma que "todos, hombres y mujeres son blancos, de buenos rostros, bien dispuestos, de buenas facciones." Pero nosotros, que hemos visitado la sierra de Puebla, en que habitan los totonacas, podemos testificar la exactitud de esas palabras del gran historiador. En efecto, sorprende en el pueblo de Tlatlaqui la multitud de indias, especialmente rubias, de rostros bellísimos, á pesar de la degeneración que toda la raza indígena ha sufrido. Sin duda que influye poderosamente el clima de aquella región, nebulosa en gran parte del año y extremadamente sana y fértil. Una circunstancia es digna de notarse; el que ningún individuo de esa familia tiene ojos azules, ni verdes, ni garzos, á pesar de lo blanco del cutis y rubio del cabello. Los totonacas son muy laboriosos, valientes y fuertes. Tejen ellos mismos las telas de sus vestidos, que son de lana y de color carmelita con rayas de varios colores. Las mujeres son muy limpias, curiosas, trabajadoras y honestas. Gustan de adornarse, con particularidad la cabeza y el cuello. En general, la familia totonaca es muy apreciable, tanto desde el punto de vista social, como en el aspecto industrial, político y económico.

La familia zoque - mixe habita principalmente en la región oriental de Tehuantepec, desde el Valle de Chicapa hasta el río del Corte, pero hay bastantes individuos de ella también en Chiapas, Tuxtla y Tabasco. Los zoques son trabajadores, buenos cultivadores de la tierra y excelentes tejedores de ixtle ó pita. Su carácter es suave y pacífico, poco ó nada cariñoso, excepto en tratándose de los compadres, que se profesan profundo cariño y respeto. Fuera de este caso, los zoques no son amorosos ni con sus amigos ni con sus deudos. Es notable su religiosidad, que contrasta con su irresistible inclinación á la embriaguez. Se rasuran la coronilla de la cabeza como los sacerdotes. Usan camisa y calzones de manta, aquella con la falda de fuera, y ostentan siempre sobre el pecho un gran rosario de cuentas gruesas con cruz de madera. Las indias son bastante pulidas en su traje que ellas tejen, así como la manta para los hombres.

Entre las once fotografías que en este departamento representan tipos de hombres y mujeres zoques, figura la estampa núm. 135, que es una india con traje de paseo. Ese traje se compone del *iscahuipil*, que es una especie de camisa doblada ó en forma de toca sobre la cabeza; el *huipil* ó camisa de la caja del cuerpo, y el *chincuey*, que es la pieza más notable. Consiste en dos lienzos superpuestos y unidos por dos costuras en forma de cruz. La parte cerrada es atada á la cintura cubriendo el vientre, y de los dos extremos libres, uno queda también atado á la cintura y el otro suelto, formando así un saco en el que las mujeres cargan los objetos que han de trasportar. El *chincuey* viene á ser un costal, teñido de azul con añil, y cuyas costuras se hacen con hilos de distintos colores.

Las costumbres de los zoques son sencillas. La única vez que se entregan á orgías es cuando alguno fallece. Danzan entonces en derredor del cadáver, se embriagan, cantan, gritan y cometen otros excesos.

Los zapotecas y los mixtecas pertenecen á una misma familia. Ocupan los primeros desde el Valle de Oaxaca hasta el Sur de Tehuantepec, y los segundos el vasto territorio conocido con el nombre de Las Mixtecas, que se extiende en parte de los Estados de Puebla, Oaxaca y Guerrero. El mixteca tiene varios dialectos, de los cuales el más general es el tepuzculano. De esas dos tribus, la más interesante es la zapoteca. El mixteca es valiente, sobrio, buen soldado y de escásísima civilización. El zapoteca tiene un tipo marcadísimo, que no se confunde con ningún otro. Debemos distinguir dos especies de zapotecas: el de Oaxaca y el de Tehuantepec. El tipo del primero es poco agradable, la frente ancha, la nariz corva y ancha en las fosas, labios delgados y largos, cara redonda, color muy oscuro, falta absoluta de barba. No así el zapoteca tehuantepecano. En esta tribu, la mujer especialmente, es muy hermosa. Su cuerpo se distingue por lo gentil, sus formas son bellas, el rostro muy agraciado, los ojos grandes y expresivos, el color claro. De estos zapotecas ha dicho un escritor: "Es la única familia indígena que tiene bello sexo." En cambio el zapoteca oaxaqueño es muy superior en inteligencia. Esa raza es esencialmente diplomática, activa y tenaz. En la antigüedad alcanzaron civilización muy avanzada, de que dan testimonio los Palacios de Mitla, que se levantan á 32 kilómetros de Oaxaca y que son una verdadera maravilla de arte arquitectónico. En la época de mayor cultura de los mexicanos, los zapotecas rivalizaron con ellos en civilización y en la guerra.

Esa raza conserva su altivez y sus hábitos de trabajo; su indocilidad y orgullo. El zapoteca supera á todos los demás indios en astucia, valor y constancia. Los tehuantepecanos son muy perezosos. En el Istmo las mujeres trabajan para el marido, que pasa el día acostado á la sombra.

El vestido de los zapotecas oaxaqueños es poco diferente al de los demás indios, apenas se distingue en el calzado, que es una especie de zapato con talón y sin la parte delantera. Pero el traje de las mujeres de Tehuantepec es el más original y bello de todos los indígenas del país. Difícil sería describirlo sin ayuda de los grabados. Llevan en la cabeza una gran toca de lienzo muy semejante á las de las hermanas de la caridad. El *huipil* es largo, de forma extraña y elegante y la casaca redonda. El adorno de todas las prendas que constituyen el traje lujoso y rico, abunda en lentejuelas, canutillos y otros objetos de oro puro y piedras preciosas.

La reunión del Congreso de Americanistas en México coincidió con las fiestas de la Coronación de la Virgen de Guadalupe, á las cuales asistieron familias de todo el país. Entre ellas vinieron como treinta mujeres de Tehuantepec, ataviadas con sus trajes provinciales. Con el fin de que los Americanistas conocieran sus vestidos, se suplicó al Illmo. Señor Obispo de Tehuantepec enviara á sus diocesanas al salón del Congreso, lo que se realizó en la tarde del día 25 de Octubre de 1895. Muy agradable é interesante fué la impresión causada en el Congreso por aquella para él inesperada visita, y no cesaron los miembros de la Asamblea de estudiar los originales vestidos de aquellas mujeres, algunos de los cuales eran positivamente ricos.

Entre las costumbres de los zapotecas oaxaqueños, dos son dignas de atención: su respeto por los muertos á quienes dedican grandes ofrendas en el *Día de Finados* (2 de Noviembre), y la identificación que hacen del destino de cada hombre con algún animal. Cuando está la mujer en la hora del parto, el padre, fuera de la pieza materna, dibuja en el suelo y borra en seguida las figuras de los animales que le van ocurriendo. Aquel que está dibujando en los momentos de nacer la criatura, es su *tona*, es decir, el compañero. Cuando el niño crece busca ese animal y lo cuida con el mayor esmero, pues tienen la creencia de que al morir la *tona*, morirá él también.

Pertenecen á la misma familia los cuicatecos, los amusgos, los mazatecos y los chinantecos. En este departamento hay dieciocho fotografías con tipos de todas las tribus de la familia mixteco-zapoteca.

La familia maya-quiché, que comprende las tribus de Yucatán, albinos de Palenque, lacandones, tzotziles, zendales, mames, pocomanes y nahuas se extiende en todo el territorio de Yucatán, Campeche, Tabasco y Chiapas. En esta sección se ostentan 39 fotografías que representan ejemplares de todas esas tribus.

En la primera parte de este libro hablamos con cierta extensión de los mayas, desde el punto de vista histórico, por lo que nos limitaremos aquí á describir sus caracteres etnográficos.

Los mayas son de estatura mediana, musculosos y excepcionalmente fuertes. Su cabeza es redonda, así como su cara; el pelo negro y grueso; la frente pequeña, la ceja escasa, los ojos negros y vivaces, nariz chata, orejas pequeñas y paradas, pómulos salientes, labios delgados y muy buena dentadura. Son devotos creyentes, creen en la trasmigración de las almas, y hasta cuando entierran un cadáver trazan con cal una línea del sepulcro á la casa que habitó el muerto, á fin de que no extravíe el camino. A semejanza de los zapotecas tienen su *tona* que eligen dejando al recién nacido sobre un lecho de ceniza, y acudiendo después á investigar cuál es la huella del animal que se acercó. Son poco trabajadores, resignados á la servidumbre y muy crueles y tenaces en la guerra. En los hombres el traje es semejante al de los indios de Oaxaca, y en las mujeres á las de Tehuantepec. A pesar de la degeneración de estos indios, conservan aún algunas nociones de astronomía, matemáticas, medicina y otras ciencias, resto de su antigua y muy avanzada civilización.

Dos fotografías representan la familia *chontal*. Hállase ésta en Oaxaca y Tabasco, especialmente en este último Estado. Los chontales (extranjeros) fueron objeto en la antigüedad de constantes y terribles agresiones que los arrojaron de uno en otro territorio, hasta quedar en la época del descubrimiento reducidos á algunos sitios de los

mencionados Estados. Esta familia es muy antigua, poco civilizada y fué bastante numerosa. Los chontales son de constitución atlética y valientes. Los de Tabasco creen en la metempsicosis. En cuanto á vestidos, nada ofrecen de notable.

Hablemos de la familia otomí, cuyos tipos están fotografiados en cinco estampas de esta sección. Mucho se ha escrito acerca de los otomites, y no es poco lo que han errado los autores acerca de sus condiciones intelectuales. Asegúrase que los individuos de esta gran nación, que se halla extendida en los Estados de San Luis Potosí, Guanajuato, Michoacán, México, Puebla, Veracruz y Tlaxcala, son torpes de ingenio, ineptos y hasta estúpidos.

Proviene este error de que los autores no han estudiado de cerca á estos indígenas, ó han tomado por tipos de estudio aquellos que por circunstancias fatales se hallan sumergidos en horripilante miseria, como lo están la mayor parte de los que se hallan en el Valle de México. Pero nosotros, que los hemos estudiado en otro medio y bajo influencias favorables á sus aptitudes, podemos asegurar que no conocemos familia alguna indígena que cultive mejor las industrias que los otomites del Estado de Tlaxcala. La perfección de sus artefactos ha hecho famoso al pueblo de Ixtengo que es todo habitado por otomites. Sus tejidos de lana, su loza, sus aceites, etc., son los mejores productos nacionales que se consumen en los Estados de Puebla y Tlaxcala. Cuantos efectos elaboran los otomites tienen marcado carácter de superioridad sobre sus similares hechos por otros industriales. ¿Cómo pueden conciliarse esos hechos que nos constan, con la reputación de rudos que dan á los otomites la mayor parte de los escritores? ¿Cómo si en la antigüedad fueron los menos civilizados, son hoy los mejores industriales entre los indios? Ciertamente que no existen grandes testimonios arqueológicos de la civilización de esta familia. En vano se buscarían en todo el territorio construcciones colosales levantadas por otomites; pero, ¿es sólo la arquitectura la muestra del ingenio de un pueblo? El de la familia otomí es eminentemente industrial, y nadie habrá que niegue la importancia que él tiene en la civilización de las naciones.

Los otomites hablan una lengua casi monosilábica, ó mejor dicho la cantan, pues su semejanza con el chino proviene, no sólo del sonido de la palabra, sino del diapasón con que las pronuncian. Ya anteriormente lo dijimos: la semejanza étnica entre el otomí y el chino, en todos aspectos, es una de las pruebas graves que pueden aducirse en favor de emigraciones del Oriente de Asia al continente americano.

Varias estampas fotográficas representan grupos de chichimecas, nombre que ha servido en la historia para designar dos especies de indios: los que constituyeron el reino fundado por Xolotl, y del que tratamos en la primera parte, y muchas tribus errantes, vandálicas, feroces é indomables, que vagaron durante mucho tiempo por distintos rumbos, especialmente por el noroeste del país, resistiendo la persecución de los españoles.

Hay además en este interesante departamento multitud de estampas que representan indígenas de diversos estados, objetos domésticos suyos, artefactos que producen, casas y ranchos que habitan, y otros muchos asuntos etnográficos referentes á ellos, así como tipos de mestizos ó criollos de varios Estados.

Terminada la sección etnográfica de este departamento, sigue la de antropología

fisiológica que contiene estos criterios: Observaciones recogidas en 50 gendarmes del ejército mexicano; medidas tomadas en el tórax; vicios de refracción en México, comparados con los observados en Europa; un extenso estudio sobre la aclimatación en las altitudes mexicanas, cuya conclusión es la siguiente: "tal aclimatación es perfecta; la anoxihemia no existe."

La antropología criminal consta en esta sección de los siguientes capítulos: Cerebroscopia, craneometría, cefalómetro vertical, craneoscopia, tipos de criminales, estadística médico-quirúrgica de la penitenciaría de Puebla; cuadro de observaciones fisiológicas.

Antropología anatómica.—Varios cráneos originales tomados de los sepulcros de Belén, Tulyahualco, Medellín y San Andrés. Modelos en yeso de varios cráneos de individuos americanos y europeos. Cráneos de los sepulcros antiguos de Tlaltelolco. Cráneo extraído de las tumbas de uno de los palacios de Mitla. Huesos procedentes de Tlaltelolco y otros lugares del país. Cráneos de otomites, matzahuas y mixtecos; huesos procedentes del cerro de Xico, lago de Chalco, Valle de México. Colección de cráneos, formada por el Dr. Baumgarten. Estudio sobre la pelvis, por el Dr. José de J. Sánchez. Cuadro comparativo de los estudios hechos por varios doctores, acerca de la pelvis. Dientes de los indios. Estudio sobre el *mal del pinto*, muy general en el Estado de Guerrero, y tatuaje, ó dibujos indelebles en la piel.

Antropología prehistórica.—Fósiles hallados bajo las formaciones volcánicas del Valle de México; el *Hombre del Peñón*, estudios de los Sres. Bárcena y Castillo; el *Hombre de Xico*; cuatro fotografías de la mandíbula inferior de un niño hallada en el cerro de Xico (lago de Chalco), y mandíbula moderna de niño para término de comparación; sílex prehistóricos estudiados por el Dr. Hamay, de París.

Fáltanos reseñar la sección de Flora que es, como deberá suponerse, abundantísima, y cuyo catálogo escribe en estos momentos el muy laborioso é inteligente director interino del establecimiento, el Sr. Dr. D. Manuel Urbina. Ocúpase igualmente en organizar, con arreglo á los mejores métodos, el departamento de Botánica, que resultará uno de los más interesantes y útiles.

Hemos procurado conciliar la fadole de este libro, con el estudio detallado hasta donde ello permite, de un Instituto que honra al país, no menos que al inteligente profesorado que lo administra. Quédanos el desconsuelo de no haber entrado en estudios tan prolijos, especialmente de crítica, como el asunto requiere; pero abrigamos la esperanza de que lo dicho será bastante para que el lector forme concepto genérico del Museo Nacional Mexicano. Hemos querido trazar un boceto, no un cuadro acabado, y esto explicará las deficiencias en pormenores que pudieran notarse.

